

Conversando de José Feliciano Ama con Miguel Mármol

Víctor Regalado

San Salvador, mes de noviembre de 1977, días de persecución y asesinatos políticos. Las cinco organizaciones político-militares existentes trabajaban para combatir al gobierno del general Carlos Humberto Romero, impuesto mediante la fuerza bruta por el coronel Arturo Armando Molina, presidente saliente. Ambos, miembros del Partido de Conciliación Nacional (PCN), hoy Concertación Nacional.

Después del gobierno de Maximiliano Hernández Martínez, se trató de cambiar el rostro a la dictadura, primero con el Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD), y después con el PCN, pero el espacio político de la dictadura se fue cerrando y Molina y Romero de nuevo reprimieron salvajemente al pueblo. Agotado el espacio político para los militares, apareció el partido de la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) descendiente directo del PCN, también defensor de la misma clase a la que antes sirvieron los militares. Por eso ARENA, continuación de la dictadura de Martínez, ha utilizado Izalco para iniciar sus campañas políticas y tiene un himno que promete “enterrar a los comunistas”. Recordemos que en Izalco el abuelo del expresidente Armando Calderón: José Tomás Calderón “Chaquetilla”, bajo las órdenes de Martínez dirigió el asesinato de más de 30 mil indígenas y campesinos acusados de ser comunistas. En Izalco nacieron las estructuras paramilitares de la derecha, primero la “Guardia Cívica” de “Chaquetilla Calderón”; la Patrulla Militar Cantonal con el PRUD; ORDEN con el PCN; y los Escuadrones de la Muerte, la Mano Blanca y el Escuadrón Maximiliano Hernández Martínez con ARENA.

En ese momento, por el año 1977, se estaba forjando y creando las condiciones que en 1979 llevarían a la unidad de la izquierda y a la confrontación directa con los sectores oscuros de la sociedad salvadoreña, en una guerra de doce años. Era el quince de noviembre y teníamos una reunión de amigos en un apartamento de los edificios de la Colonia Zacamil, una zona popular en el norte de la ciudad. La reunión era iniciativa de Raúl Padilla Vela, viejo revolucionario con una hoja de ruta de más de diez carceles y exilios; a la que más tarde agregó una ametrallada por los hombres de Roberto D’Abuisson, que lo mandaron al hospital y luego a un exilio de muchos años en el norte del continente. El invitado era Miguel Mármol, otro viejo revolucionario, fusilado en 1932 y dejado por muerto junto a los cadáveres de otros fusilados. Mármol sobrevivió y se escapó; desde la clandestinidad reorganizó el Partido y fue



Secretario de la Juventud Comunista durante la dictadura de Martínez. La reunión era para que Mármol nos hablara de José Feliciano Ama, a quien conocí personalmente dentro del trabajo partidario.

En Izalco, ciudad donde nació Ama, el tema de su militancia es algo de lo que la gente prefiere no hablar, o lo hacen con mucho recato. Todavía el espectro de 1932 ronda por las noches en la imaginaria de sus habitantes. Para muchos, por temor, Ama no fue revolucionario, ni cacique, sino un líder indígena engañado por agitadores comunistas que llegaban a la zona y aprovecharon su ingenuidad para arrastrarlo a los hechos que le costaron la vida. Por eso, al cumplirse 80 años de aquella masacre, saco del archivo aquella entrevista con el deseo de contribuir a la memoria histórica de los izalqueños y salvadoreños, entregándoles la versión oficial del Partido Comunista de El Salvador acerca de la figura de José Feliciano Ama y su militancia. Oficial porque viene de un cuadro que fue organizador del partido en aquellos días aciagos, miembro de su dirección, y que conoció personalmente a José Feliciano Ama. Esta es pues, la versión oficial del Partido Comunista de El Salvador acerca de José Feliciano Ama.

Ahora dejemos hablar a Miguel Mármol:

“José Feliciano Ama era un hombre como de unos 55 años, alto, delgado, de poco hablar, que pensaba mucho lo que iba a decir, pero firme en sus razonamientos. Decidido y muy consciente de su papel como dirigente. Que no tenía la hombría matona, pero que expresaba reciedumbre y firmeza. A la hora que lo interrogaba la autoridad decía: “eso no se dice, eso no se dice”. Ama era un hombre a quien no lo atormentó nada, y llegó a la horca tranquilo”.

“Era el tiempo en que los indios trabajaban por topón: una manera

de expolotarlos más cruel que a los otros tareyeros. Era el cacique o jefe de ellos el que hacía el contacto de trabajo, y entre todos hacían aquel trabajo rápido y barato”.

“A partir de 1894 el indígena no sólo fue depojado de sus tierras sino de su autoridad local. Los indígenas habían sido víctimas de los ladinos y de los ricos, quienes los expropiaban y les negaban todo derecho. Era el tiempo de los despojos en el campo”.

“En Izalco el contacto se dio con Ama, se le planteó a él todos estos problemas y él entendió fácil el propósito de los compañeros. Fue así como llegó a las filas del Partido.

Lo pude conocer en ocasión de que había sido expulsado Farabundo Martí de Sonsonate. Tuvimos una reunión en la finca Cuntan, ahí discutimos los problemas de la persecución, de los encarcelados... Pero después de tratar esto en serio, pasamos a la plática amigable”. Miguel Mármol dice que le preguntó “cómo es que había llegado al Partido Comunista”, y que Ama le respondió: “Porque los comunistas tienen la razón en todo. Todo lo que dicen, todo lo que plantean es correcto.”

- Y porqué correcto, preguntó Mármol.

- Ama: “Eso que hablan de la expropiación, de los tormentos a los campesinos es cierto”, y dice Mármol que “enseñó sus manos con los dedos gordos señidos, de las colgadas que le dieron en tiempos del general Tomás Regalado”. Mientras le mostraba las cicatrices de la tortura le contó que “le habían quitado la propiedad que hoy se llama San Isidro. Le quitaron los documentos a palos y le arrancaron esa propiedad”.

Esa propiedad arrebatada a Feliciano Ama, y otras tierras arrebatadas a los Izalcos siguen en manos de la familia Regalado y hasta hoy ningún gobierno ha hecho nada por el Imperio de la Ley. En esa ocasión sigue relatando Mármol, “Ama dijo que había sido invitado por el general Martínez a Casa Presidencial, para hacerle ver el riesgo que corría estando en el Partido Comunista, que le había dicho: “Ese huezo es de hormigas coloradas, que tuviera cuidado”, y que entonces Ama le respondió (a Martínez) “que no le importaba que las hormigas coloradas se lo comieran, pero que él no podía retroceder, que ya había jurado ser del Partido Comunista y que comunista era”.

“Ama fue el jefe que movilizó a miles de indígenas y ladinos, porque se le sumaron muchos ladinos de la zona, por ejemplo en Juayua, los ladinos y obreros, todos se sumaron a los indígenas, que eran la bandera de la lucha.”

“Ama logró mantener la bandera de la hoz y el martillo 75 horas bajo el combate. Bajo el ataque del enemigo, y no desmayó. Al leer la prensa y los partes oficiales de esa época se ve que estaban abatidas las fuerzas del gobierno. Habría que ver lo que dice el comandante de armas de Sonsonate. Todos ellos estuvieron a punto de caer bajo la fuerza de los trabajadores y de los indígenas”.

“La causa que abrazábamos en aquel tiempo nosotros los revolucionarios, ellos (los indígenas) la entendieron, la interpretaron y se hicieron partícipes. Entendieron lo que sufrían (los revolucionarios), como los propósitos buenos que tenían para las masas. Ellos pues, abrazaron esta causa tal como se les planteaba. La hicieron suya aun cuando carecían de los conocimientos marxistas leninistas y de la teoría revolucionaria, por su sufrimiento, por su agonía. Aquí, en Guatemala y en todas partes el indígena se cuenta su historia, no la olvidan”.

“Lo importante fue que supieron interpretar lo que se proponía en aquel tiempo el Partido. Ama no era un hombre ilustrado, pero era un hombre de personalidad, que tenía autoridad sobre la masa. ¿Y por qué la tenía?, porque era hombre consciente. Con él encontraban todo”.

“La familia Ama, eran campesinos acomodados, cosechaban café, maíz, frijoles, yuca... Eran gente bien. Tenían conciencia de que esas tierras las habían obtenido baratas, cuando la abolición de los ejidos. Ellos como los Alfaro de Santa Tecla eran conscientes de que las tierras habían sido fácilmente obtenidas, y decían que cuando llegara el socialismo, tranquilamente, con satisfacción iban a pasar esas tierras a sus compañeros”.

“La prensa en aquellos tiempos, como siempre mentirosa, que está por lo que dicen las noticias oficiales publicó: “El indio José Feliciano Ama, cabecilla comunista fue ahorcado ayer en Izalco por la multitud” (29 de enero de 1932); “Publicamos la fotografía de Feliciano Ama, el cabecilla indígena, que fue ajusticiado por el pueblo de Izalco. Ama fue uno de los indígenas que creyeron que iban a ser ricos a raíz del levantamiento comunista, porque eso les habían prometido los agitadores. (febrero, martes 2)”.

“Totalmente falso porque a Ama le robaron todo su café después de los acontecimientos. Le robaron todo lo que tenía en sus graneros y pasó a manos de no se sabe quien. Sus propiedades también desaparecieron. La gente quedó pobre. Fue el tiempo en que se valieron del terror para expropiar a

todos estos campesinos. Ama fue dueño de lo que hoy se llama San Isidro. Como decía él, se lo arrancaron a palos, y sin embargo tenía todavía muchas tierras más donde ellos cultivaban café y cereales. Así es que ellos no tenían hambre, no tenían miseria. Ellos se solidarizaban con sus compañeros que estaban en peligro de ser expropiados o que eran explotados tremendamente. Así es que no llegaron a la causa por interés, sino para ayudar, para poner su prestigio a favor de sus compañeros, eso era todo.

“Después de los sucesos del 32 fue una maldición ser indio. Hubo odio contra el indígena, y por qué, porque en la zona occidental fue el grueso de la revolución, fueron los indígenas los que más se movilizaron. Entonces, usar el refajo, hablar en nahuat, esa cosa era sospechosa, creían que a través del idioma se podía hacer o transmitir las consignas. Los indígenas se veían obligados a hablar en español, a botar el refajo. Antes del 32, todos los indígenas del país usaban su indumentaria. Por ejemplo el compañero Chico Sánchez (también asesinado por los hombres de Tomás Calderón) usaba su fajo rojo al cinto, y su esposa y sus hijas vestían de refajo; así también la familia de Ama.”

Transcribo parte de aquella conversación, y señaló que 50 años más tarde, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional rindió homenaje a José Feliciano Ama, dándole su nombre a uno de los frentes de guerra, igual que lo hizo con Francisco Sánchez. Ambos comandantes rojos y miembros del Partido Comunista de El Salvador.

